

JESUS TESTIGO FIEL

24 de Noviembre de 2019

Evangelio según LUCAS 23, 35-43

El pueblo se había quedado observando. Los jefes, a su vez, comentaban con sorna:

- A otros ha salvado; que se salve él si es el Mesías de Dios, el Elegido.

También los soldados se burlaban de él; se acercaban y le ofrecían vinagre diciendo:

- Si tú eres el rey de los judíos, sálvate.

Además, tenía puesto un letrero: **ÉSTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS**

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba. ¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti y a nosotros. Pero el otro se lo reprochó:

- Y tú, sufriendo la misma pena, ¿no tienes siquiera temor de Dios? Además, para nosotros es justa, nos dan nuestro merecido; éste, en cambio, no ha hecho nada malo.

Y añadió:

- Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey.

Jesús le respondió:

- Te lo aseguro: Hoy estarás conmigo en el paraíso



Los cristianos hemos atribuido al Crucificado diversos nombres: «redentor», «salvador», «rey», «liberador». Podemos acercarnos a él agradecidos: él nos ha rescatado de la perdición. Podemos contemplarlo conmovidos: nadie nos ha amado así. Podemos abrazarnos a él para encontrar fuerzas en medio de nuestros sufrimientos y penas.

Entre los primeros cristianos se le llamaba también «mártir», es decir «testigo». Un escrito llamado Apocalipsis, redactado hacia el año 95, ve en el Crucificado al «mártir fiel», «testigo fiel». Desde la cruz, Jesús se nos presenta como testigo fiel del amor de Dios y también de una existencia identificada con los últimos. No hemos de olvidarlo.

Se identificó tanto con las víctimas inocentes que terminó como ellas. Su palabra molestaba. Había

ido demasiado lejos al hablar de Dios y su justicia. Ni el Imperio ni el templo lo podían consentir. Había que eliminarlo. Tal vez, antes de que Pablo comenzara a elaborar su teología de la cruz, entre los pobres de Galilea se vivía esta convicción: «Ha muerto por nosotros», «por defendernos hasta el final», «por atreverse a hablar de Dios como defensor de los últimos».



Al mirar al Crucificado deberíamos recordar instintivamente el dolor y la humillación de tantas víctimas desconocidas que, a lo largo de la historia, han sufrido, sufren y sufrirán olvidadas por casi todos. Sería una burla besar al Crucificado, invocarlo o adorarlo mientras vivimos indiferentes a todo sufrimiento que no sea el nuestro.

El crucifijo está desapareciendo de nuestros hogares e instituciones, pero los crucificados siguen ahí. Los podemos ver todos los días en cualquier telediario. Hemos de aprender a venerar al Crucificado no en un pequeño crucifijo, sino en las víctimas inocentes del hambre y de las guerras, en las mujeres asesinadas por sus parejas, en los que se ahogan al hundirse sus pateras.

Confesar al Crucificado no es solo hacer grandes profesiones de fe. La mejor manera de aceptarlo como Señor y Redentor es imitarle viviendo identificados con quienes sufren injustamente.

TODOS SOMOS PILATO

El fuerte impone sus normas
y el débil cumple por miedo.
Ve, pero no puede ver,
acata sin rechistar, calla sin querer.

El violento exige obediencia,
sin medir el posible dolor.
El cínico se burla de todo,
Ni respeta, ni sabe respetar,
ni se lo plantea, tampoco lo pretende.

El retorcido extrema su argumento,
rozando el absurdo, lo ridículo,
traspasando el sentido común.
El soberbio desprecia al sencillo,
al empobrecido y al debilitado,
al cándido y al ninguneado.

¡Quién de nosotros, por
cansancio, dejadez o temor,
no hemos aplaudido al
felón y al falso? Luego, con
porte sereno, medido,
ajustado, ensalzamos a
Jesús y renegamos del
romano.

Seamos sinceros.

Dejemos que el corazón nos delate.
¡Cuántas veces, en la vida,
también nosotros somos Pilato!

Pedro Fraile

MUCHAS MANERAS DE MATAR

Hay muchas maneras de matar.
Pueden meterte un cuchillo en el vientre.
Quitarte el pan.
No curarte de una enfermedad.
Meterte en una mala vivienda.
Empujarte hasta el suicidio.
Torturarte hasta la muerte por medio del
trabajo.
Llevarte a la guerra, etc...
Sólo pocas de estas cosas están prohibidas en
nuestro Estado.

Bertold Brecht

UN CIELO NUEVO Y UNA TIERRA NUEVA

Que se alegren los pobres, los sencillos, la gente
de buen corazón; los inmigrantes que no
pueden comprarle una bici a su hijo; aquellos
que tienen síndrome de Down; quienes tienen el
carisma de las lágrimas; los que fueron echados
de la Iglesia por gritar «libertad»; aquellos que
adelgazaron sirviendo a los hambrientos; los que
no fueron amados ni besados suficientemente;
las que dieron cariño sin preguntar «¿qué vas a
hacer mañana?»; los limpios de corazón; las
viejas que amaron a su gato más que a todas
las cosas...

Porque llega un cielo nuevo y una tierra
nueva, donde Jesús será rey. Y donde, por
tanto, reinará la misericordia, la justicia, la
belleza, la honradez, el perdón de las ofensas, la
amistad y el amor amor, los vivos, los pacíficos y
los que tienen hambre y sed de justicia.

Esta es nuestra esperanza, inmensa pero
creíble, porque ya hubo quien pasó por la tierra
haciendo el bien. Con esta esperanza firme
vivimos y, sobre todo, actuamos. Guiados por el
«heroico furor» de que los hombres no sufran y
sean felices.

Hasta que Dios, felicidad y plenitud de los
hombres y las mujeres, sea todo en todos.



PARA REFLEXIONAR

- ¿Al igual que Jesús, nos reconocemos también como testigos fieles?
- ¿Dónde encontramos hoy a los crucificados?
- ¿Crees en un "cielo nuevo y una tierra nueva"?